

Ruido y decepción



Alan Stoga
Presidente de Zemi
Communications
www.zemi.com

LAS CUMBRES PRESIDENCIALES solían ser eventos extraordinarios con propósitos extraordinarios. La cumbre de Yalta en 1945 le dio forma al mundo de la posguerra. La cumbre de Rambouillet en 1975 dio nacimiento a lo que es ahora el G-8. La cumbre de 1978, donde se reunieron el presidente egipcio Anwar Sadat y el primer ministro israelí Menachem Begin, produjo los acuerdos de Camp David.

En contraste, la reciente cumbre de Mar del Plata no produjo nada más que ruido y decepción. Esto no debería ser una sorpresa, ya que la única razón obvia para convocarla fue que ha pasado más de un año desde la última cumbre hemisférica en Monterrey. No había un propósito ni urgencia mayor. Fue una cumbre impulsada por nada más importante que el paso del tiempo.

El resultado fue un fracaso. No hubo acuerdo en una fórmula para avanzar en el ALCA. No hubo consenso en cómo la región podría crecer más rápido ni en cómo crear más trabajos, a pesar de que era el supuesto tema de la reunión. Tampoco hubo acuerdo sobre cómo hacer más globalmente competitiva a la región, o ni siquiera sobre cómo hacerla más relevante.

La cumbre de Mar del Plata, en cambio, será recordada por su pobre organización, por la habitual violencia antiglobalización, y –más notablemente– por el histrionismo del presidente Chávez. Es prácticamente inaudito que un participante de una cumbre sea el protagonista de una protesta masiva contra la cumbre, y que utilice el lugar de encuentro para atacar a otro presidente. El hecho de que el comportamiento poco diplomático de Chávez, no haya sido condenado por la cumbre, es una medida de la debilidad del liderazgo de la región, así como de la difundida aversión hacia Estados Unidos.

El hecho básico es que el presidente Bush es ampliamente impopular casi en todas partes al sur del Río Grande, lo que hace políticamente más simple el oponerse a él que el realizar los tipos de acuerdos diplomáticos que son esenciales para una cumbre exitosa. Combinado con la débil reputación política de la mayoría de los presidentes americanos y la realidad de que casi la mitad de los países de la región se están enfrentando a elecciones, la cumbre no tuvo bases políticas para tener éxito. Además, con la mayoría de los sudamericanos representando tendencias izquierdistas –si no propiamente socialistas–, las probabilidades de estar de acuerdo con la delegación norteamericana, que no tenía nada más que ofrecer

que su agotada agenda de comercio y seguridad, eran cercanas a cero.

La buena noticia es que hubo cuatro pequeños trozos de sol para iluminar las nubes de tormenta que cubrieron la cumbre en Uruguay.

Primero, 29 de los 34 participantes apoyaron la visión de Estados Unidos sobre el ALCA. Incluso si esos números fueran un poco exagerados, es probable que la mayoría de los países en la región estén dispuestos a avanzar en algún tipo de agenda de libre comercio, dependiendo de los términos.

Segundo, Chávez hizo el ridículo de tal manera que puede haber plantado las semillas de un retroceso entre aquellos en la región –incluyendo los presidentes Lula, Uribe y Lagos, entre otros– quienes han insistido durante años que podían controlarlo. Es posible que estos líderes estén comenzando a darse cuenta de que su demagogia y populismo radical son mucho más amenazantes para los vecinos de Venezuela que para Estados Unidos.

Tercero, el presidente Fox, un pato cojo o *lame duck* sin nada que perder, demostró que hay espacio para un centrista en las Américas. Fox emergió como franco defensor de la racionalidad y como campeón del libre comercio. Argumentó que la meta no era hacer seguro el hemisferio para los capitalistas –como Chávez y sus simpatizantes insistieron– sino crear trabajos, lo que el NAFTA y otros acuerdos de comercio regionales han demostrado lograr. Y, efectivamente, argumentó que el libre comercio en las Américas era la única forma para combatir la arremetida de productos chinos, que están desplazando trabajos en todas partes de la región.

Cuarto, los brasileños no dieron la espalda al ALCA. Su posición constante ha sido que el acuerdo de libre comercio debe incluir una reducción substancial de los subsidios agrícolas norteamericanos. Casi todos reconocen que esto es solamente posible en el contexto de una ronda exitosa de comercio global. De tal manera, los brasileños, con su políticamente debilitado presidente, simplemente reiteraron que la clave para el ALCA se encuentra en Doha. Ellos no avanzaron, pero tampoco retrocedieron.

En resumen, la cumbre de Mar del Plata estaba destinada al fracaso. El verdadero acto de liderazgo habría sido posponerla hasta que hubiera circunstancias de cambio que crearan algo de espacio para la diplomacia creativa. ■